

LIB

QUETZALCÓATL POR DENTRO

Por Ramón XIRAU

CUANDO SUPE, antes de conocer el poema, que Agustí Bartra había escrito su *Quetzalcoatl*, confieso que me invadieron las dudas. ¿Era posible escribir un poema mítico? ¿Existe en el hombre de hoy capacidad de epopeya? ¿Podría crearse un poema viviente a partir de la imagen histórica? Conocedor de la obra catalana de Bartra (*Marsias i Adila*, *L'arbre de foc*, *Odisseu*) sospechaba un excelente poema. La lectura me ha revelado un poema excepcional que arrebató de principio a fin, imagen tras imagen, verso tras verso, de uno a otro versículo, porque el *Quetzalcoatl* de Bartra logra elevar, por la palabra, esta palabra interior que nos funda —así lo diría él mismo— a todos nosotros.

No es posible expresar en una nota las dimensiones multiplicadas de un poema que se distingue por su riqueza ideológica, por su plasticidad metafórica, por su penetración metafísica (de una metafísica a nivel del hombre en las regiones del mito), por su diversidad de entonaciones musicales y rítmicas. Creo, sin embargo, que es factible apuntar algunos de los motivos centrales de este Canto en quince cantos.

Muy en primer lugar explico el título de esta nota. Uno de los peligros que surgen para el autor de un poema fundado en un mito es el de caer en los datos exteriores que ofrece la historia. ¿No le ocurrió a Flaubert que al escribir *Salambo* acabó por reconstruir piedras en lugar de darnos vivencias actualizadas? Pues bien, gran parte del éxito de Bartra se debe a que no ha escrito sobre *Quetzalcoatl*, sino desde *Quetzalcoatl*, un canto que nos atañe a todos porque deja de ser histórico —sin dejar de ser referible al mundo indígena de México— para llegar a ser experiencia de ahora, de hoy, del hombre que somos, a nuestro modo, imagen del hombre de todos los tiempos y lugares.

El tema que subraya estos quince cantos es sin duda el del eterno retorno. Y el eterno retorno ("Trazo el signo de Tonatiuh: el círculo") no se concibe —ya lo veía Mircea Eliade— sin centro del mundo. El mundo que concibe Bartra es un mundo circular. Pero hay círculos y círculos. Una de las formas del eterno retorno —acaso la de Borges— nos remite a la inmovilidad, puesto que el acto presente fue y será repetido exacto a sí mismo en cada ciclo. La otra forma —la de Heráclito, la de Bartra— consiste en concebir el eterno retorno como una constante renovación, una lucha de vida y muerte que nos conduce a nueva y renovada vida. El hombre, su existencia, su historia, ya no se ahogan en repetición, sino que se abren en la espiral del ascenso. "Algo muere en todo nacimiento y algo nace en toda muerte", dice Bartra, y precisa, más adelante:

*Me asemejo a todo el mundo y nunca
seré repetido.*

¿Cuál es el sentido profundo de este concepto del hombre y de su historia? Hecho de opuestos y de contradicciones que lo desgarran en su centro, el hombre es caída y ascenso, (Tetzcatlipoca y Quetzalcoatl). Mas precisamente, es, al mismo tiempo, caída y ascenso porque el ascenso no puede entenderse sin la gravedad de los abismos ("Digo que sólo se llena lo que se hunde"; "creo que sólo asciende lo que pesa"). Nuestra parte de luz requiere la presencia de la sombra, el fuego hecho de ascensos prometeicos reclama a la tierra material y voluntariosa en sus gravitaciones; el aire-alma y el agua-reposo piden la presencia del viento y la fuerza de un oleaje "clamor del mar".

Distante de sí mismo dentro de sí mismo, el hombre se desdobra en dos porciones que se ausentan y se atraen: el tú y el yo, lo mismo y lo otro, la soledad y la comunión. No estamos aquí ante los círculos infernales de Swedenborg. Circularidad es ascenso en la caída, gloria en la falta, humanidad hecha de gravedad y gracia. Y el hombre conserva su intransferible unicidad rodeado por sus enemigos hermanos, sus necesarios opuestos.

¿Y el canto? Creo percibir en el poema de Bartra ("Cantar es desembocadura"; "Cantar es llegada"), que el canto es para él, como para Rilke, la fundación misma de la existencia. Símbolo de los hombres, y de los dioses, el *Quetzalcoatl* de Bartra es también la imagen del poeta capaz de desdoblarse para fundar la realidad. Como *Quetzalcoatl* el poeta "sale de la canción de la niebla a la noche del cielo estrellado".

Alguna vez sugería Bartra que todo el sentido de la vida humana podría encontrarse en el mito de Sísifo si se completaba con la significación del mito de Prometeo. Cabría entonces, y verdaderamente, imaginarse a un "Sísifo feliz". En su *Quetzalcoatl* Bartra ha sabido reunir los contrarios: el hombre, en su constante tarea de ascenso y caída, aprende a subir hacia más altas perfecciones. Así *Quetzalcoatl* es un canto a la libertad luminosa y sombría de todos los hombres. Lo sabe Bartra:

*Del junco no imito su servidumbre
al viento,
sino su resistencia a dejarse arrancar
de la tierra.*

P. BOSCH-GIMPERA, *El Problema Indoeuropeo*. Apéndice de M. Swadesh. U.N.A.M., México, 1960, 386 pp., 20 mapas.

EL AUTOR confiesa al principio de este trabajo su interés por los pueblos indoeuropeos; este problema lo atrajo desde la época de su formación profesional y lo ha conservado durante

todos sus años de prehistoriador. Ahora, con algunas décadas de por medio, vuelve a entrar en él para explicarnos cómo se halla planteado por la prehistoria actual y qué grande es la complejidad que todavía presenta.

Los pueblos de la humanidad han tenido que formarse. Esta formación se va integrando por medio de un proceso que los historiadores, los lingüistas, los arqueólogos y los antropólogos físicos tratan de reconstruir en sus intrincados cambios. Las numerosas dificultades de este devenir humano no fueron apreciadas por los primeros investigadores de la prehistoria. Así, se ve que presentan la tesis de un pueblo indoeuropeo único y primitivo (llamado el "Urvolk" por los investigadores alemanes) que se forma en una localidad y que habla una lengua. Y no sólo los lingüistas apoyaron esta idea por medio de la teoría genealógica de un tronco lingüístico indoeuropeo; también los antropólogos físicos identificaron a los primitivos indoeuropeos con la raza nórdica.

A medida que avanzó el conocimiento prehistórico, fue aportando nuevos datos que permitieron distinguir algo mucho más caótico de lo que antes pudo alguna vez pensarse para estas épocas formativas de nuestra humanidad. Problema como el del mestizaje lingüístico y el de la heterogeneidad cultural del neolítico —última etapa primitiva— aparecieron cada vez más palpables.

Esta diversidad de culturas, de lenguas y de tipos humanos han condicionado numerosas hipótesis para situar el origen de los pueblos, no ya del pueblo, indoeuropeos. Y aquél que sienta pasión por el laberinto del pasado, hallará en esta obra una revisión completa de las numerosas tesis presentadas por los investigadores más reputados dentro del campo de la prehistoria europea.

Ha quedado plasmada con este trabajo una auténtica enciclopedia prehistórica de la cultura occidental, que viene a completar obras que, como la de H. Alimen, nos presentan un panorama de la gestación histórica de nuestra civilización.

En el capítulo de las conclusiones, Bosch-Gimpera propone que para continuar el trabajo reconstructivo del proceso de formación de los pueblos indoeuropeos, hay que descartar por completo las teorías de un pueblo originario, una patria originaria y una lengua originaria para todos ellos; y también hay que desechar la subdivisión de los mismos según el sistema de ramificación de un árbol genealógico, y el uso de nombres de pueblos históricos para los primeros grupos indoeuropeos. Y apunta, que a pesar de toda su complejidad, el problema indoeuropeo estará en camino de resolverse "cuando se obtengan resultados convergentes de las distintas técnicas de investigación, en que los lingüistas, arqueólogos e historiadores estén de acuerdo. Mientras unos y otros no puedan llegar a tal convergencia unos u otros siguen un camino falso."

Completa esta minuciosa obra, un Apéndice de M. Swadesh que correlaciona datos arqueológicos de migraciones indoeuropeas con lenguas indoeuropeas del siglo XIII a. de C.

J. E. R.